

1.º DE MARZO.

LA AURORA.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE

DON CEFERINO GUERRA.

dmiradores y entusiastas del mérito y del talento, donde quiera que estos se hallen, creemos rendir un justo tributo á los que adornan al jóven y aprovechado actor dràmatico, cuyo nombre consignamos al principio de estos lijeros apuntes que publicamos, y que hemos logrado de su escesiva modestia á costa de reiteradas instancias.

Al ocuparnos de la bien adquirida reputacion de nuestro digno consocio, no solo ha movido nuestra pluma el deseo de satisfacer una deuda sagrada, sino tambien el de dar á nuestros lectores una prueba de agradecimiento, ofreciéndoles la reseña biográfica del que tantos lauros ha recibido de este ilustrado público, quien juzgamos la acojerá con la benèvola galantería que le distingue.

Nació don Ceferino Guerra en la ciudad de Murcia el dia 26 de Agosto de 1820: sus padres, aunque no pertenecían á la clase alta de la sociedad, eran sin embargo de muy buenos antecedentes, y modelos de virtuosa honradez. Esforzáronse estos en dar á su hijo una educacion brillante, lo cual consiguieron á costa de numerosos sacrificios; y á los 13 años de su edad le enviaron á Madrid á empezar la carrera de medicina y cirujía en el colejio nacional de San Cárlos, donde estudió con tal aprovechamiento, queen todos sus ecsámenes alcanzó la nota de sobresaliente.

Antes de este tiempo habìa manifestado un gran deseo de salir á la escena y ejecutar comedias, de un modo tal, que sus com-

pañeros de estudio y principalmente su catedrático de filosofía don Antonio de Sandoval, solo le conocían por el nombre del «trájico» puesto que siempre y en todas partes se le encontraba recitando trozos de las piezas dramáticas mas populares en aquella época. Alhagada su pasion favorita por sus catedráticos y condiscípulos, se avivó y tomó aquella mas incremento con su residencia en la corte, y no ofreciéndole sus estudios científicos el vasto campo que á su jenio conviniera, ávido de triunfos se lanzó á la escena, apagando de este modo la sed de gloria que desde su infancia le abrasara. Hizo su primera salida en Madrid el año de 1838, y fueron tantos sus adelantos en el noble cuanto dificil arte de la declamacion, que ya en sus primeros ensayos, como aficionado, fué solicitado por la empresa de Barcelona para el teatro de dicha ciudad. Tal fué empero su modestia, que juzgó necesarios los estímulos de la prensa, para ceder á los ruegos de los que intentáran contratarle. Sus rápidos progresos le han conquistado á los 25 años un lugar que, para ocuparlo necesitáran los mas cèlebres actores largos años de estudios y de afanes.

Momentos de júbilo y de entusiasmo compensaron en el artista el desapacible sentimiento de hijo, causado por el disgusto y el enojo de un padre que se oponía á que siguiera la carrera escénica, y estos momentos que recompensaban sus afanes, han servido de incentivo á su loable ambicion. Sevilla, la culta Sevilla, intelijente del teatro, al par de las principales capitales de Europa, ha visto en la escena obras dramáticas, cuya ejecucion ha dado á nuestro jôven amigo, el lugar de que es digno entre las jigantescas notabilidades del arte.

Por su aplicacion y merecimientos ha sido nombrado individuo de la sociedad literaría de esta capital, la cual ha secundado la idea de la de Valladolid, que tuvo á bien nombrarle su presidente; ademas es sócio de mérito de los principales círculos literarios de España. Sabemos que en el dia se halla escribiendo una obra, que si su estremada modestia le permite publicar, formará, á no dudarlo, la pájina mas lisonjera y brillante de su vida literaria y artística.

Amigos siempre de las glorias y prosperidades de nuestros compatriotas, ofrecemos este débil homenaje de respeto y admiracion á un artista, cuyos constantes estudios y profundos conocimientos le han conquistado al principio de su vida, un nombre célebre, que con el tiempo veremos unido al del inmortal Isidoro Maiquez, y á los de los no menos dignos de la posteridad, Latorre y Romea.

Fieles intérpretes de los sentimientos que animan á lc ilustrados sevillanos, aconsejamos al actor, cuyos son estos apun

tes, siga tenaz en la senda de la gloria, que aunque llena de abrojos, no dudamos recojerá en ella los lauros de que tambien está sembrada, y que solo se hallan reservados al verdadero jenio.

Enrique V. Moreno.

A MI MADRE.

Amor y gratitud mi mente inspiran;
escucha, oh madre, mi ardoroso canto,
que libre el alma de fatal quebranto
entusiasta su voz dirije á tì.
Débil tributo son á tus bondades
los ecos del laud, mas si algun dia
logro un nombre por ellos, madre mia,
aun mas grato tu amor es para mí.

—

Cuantos afanes y desvelos cuantos
mi corazon le debe á tu cariño,
cuando inocente, miserable niño
del mundo vine el piélago á surcar.
En tus brazos de amor me acariciabas,
y en tus amantes brazos me adormías,
y en mis lábios tus labios imprimías,
y tu mano enjugaba mi llorar.

—

Tus ojos en mis ojos se miraban,
mi inocencia causábate embeleso. . . .
delirabas conmigo. . . .en cada beso
me dabas, dulce madre, el corazon.
Yo bañado en sonrisa te miraba,
yo en tu semblante tus delirios vía,
yo fruto de tu amor no conocía
entonces tu ternura y tu pasion.

—

Con dulces lazos á tu seno unido
tu seno en mi niñez me alimentaba,
y su néctar de vida me embriagaba,
y en tu seno gustaba reposar.
Tú contra el pecho blanda me oprimías,

gozabas, madre, en mi inocente sueño...
en mí todo á tu amor era risueño,
y en mí cifrabas todo tu anhelar.

—

Cuando dejando el natural reposo
los tiernos ojos á la luz abría,
en tu dulce regazo me veía,
siempre á mi lado plácida te ví.
Caricias sin cesar me prodigabas:
yo era tu encanto, tu mayor consuelo...
mi cándida sonrisa era tu cielo...
un cielo mi mirada para tí.

—

Oprimidos mis lábios por tus lábios
bebí tu aliento, dulce al pecho mio,
como á las tiernas flores el rocío,
como al verjél el aura matinal.
¡Cuántas veces alzándome en los brazos
con acento clamastes amoroso,
mas hermoso es que el sol, sí, mas hermoso!
¡qué inmenso es el cariño maternal!

—

Mas los años
transcurrieron,
y le dieron
á la vez,
nuevos goces
y alegría,
madre mia,
á mi niñez.

—

Mi inocente
dulce sueño,
cuan risueño
sacudì!
y en un campo
de verdores
entre flores
yo me ví.

—

Deslumbróme
la natura,
su hermosura
contemplé,
y sus galas
seductoras
largas horas
admiré.

—

Cuanto gozo...
cuanta calma
halló el alma
en cuanto ví.
¿Y á quien debo
la alegría,
madre mia,
sino á ti?

—

II.

¡Cuanto risueña es la edad
en que el alma sin afanes
cándida juzga que piensa
en sus delirios, verdades!

Todo brilla ante sus ojos:
de galas se viste el valle,
y eternal la mente cree
su augusta pompa fugace.
La fuente placer murmura,
placer murmuran los árboles,
columpiándose al aliento
de las brisas de la tarde.
Con blando arrullo los rios
á sus plantas deslizándose
himnos de amores le entonan,
nunca le cantan pesares.
A su vista el cielo ríe,
y callan los vendabales,
la rosa encubre la espina,
su saña ocultan los mares,
y parece que natura
en su gozo se complace.
Le encanta la inmensa lumbre
que innunda el èter brillante,
y la antorcha de la noche
nuevos encantos le trae.
En ella la vista clava,
su disco le es agradable;
anda, y juzga que le sigue;
corre, y la mira en su alcance,
y al fin se para, creyendo
que ella ha de andar cuando él ande
Oh inocencia!., todo es dulce
ante los ojos de un ángel!
Son bellas tus ilusiones!
son tus risas divinales!
yo tambien las he gozado
en ensueños envidiables,
y ¿á quién debì esos placeres?
¿á quièn...? ¡á tí, dulce madre!

III.

Al fin los sueños volaron
dichas de mi edad primera,
y á mi vista presentaron
nuevos goces, y encerraron
dentro del pecho una hoguera.

—

Volé á los campos que abril
con bellas galas matiza,
donde céfiro sutil,
del valle galan gentil
entre flores se desliza.

—

Donde fuente bullidora
vierte su limpio cristal,
y perlas finje que llora
la luz que los prados dora
reflejando en su raudal.

—

Donde cascada sonante,
que el rico vergel retrata
riega la alfombra ondulante,
entre esmeralda brillante
tendiendo redes de plata.

—

Dó al albor del claro dia
en coro pintadas aves
pueblan, causando alegría,
el aire con la armonía
de sus cánticos suaves.

—

Dó el ígneo sol esplendente
templa alli su inmenso ardor,
y desde el trono riente
escita bello á la gente
á los goces del amor.

—

Mas yo, madre, no sabía
lo que era entonces amar;
un deseo me consumía,
y ardiente volcan sentía
mi corazon abrasar.

—

Sed implacable sentí;
gozar ansiaban mis ojos;
la purpùrea rosa ví...

volè... la toqué, y en mí
fiera clavó sus abrojos.

—

Triste clamor lanzé al viento
del dardo punzante herido;
lloré, lloré, y al momento,
dulce madre, mi lamento
llegó á penetrar tu oido.

—

Dije mal, tu oido no,
de mí tal idea huya;
pues siendo tu alma yo,
lo que mi alma sintió
tambien lo sintió la tuya.

—

Tú me tendiste los brazos,
al verme llorar, lloraste,
y unido á tí en dulces lazos
con miles besos y abrazos
mis lágrimas enjugaste.

—

Pasado el dolor impío
que mi ser atormentó,
con nuevas fuerzas y brio
inflamado el pecho mio
con violencia palpitó.

—

Yo decía para mí,
¿es posible que la rosa
premie mis ansias asi,
cuando se me ostenta allí
tan galana y tan hermosa?

—

Nunca, no... no puede ser:
algun insecto escondido
en la rama debió haber,
y en él la mano al poner
con el aguijon me ha herido.

—

Dije, é inflamado de nuevo
mi planta al campo voló;
sobre las flores me elevo
mi mano á la rosa llevo,
y, madre, otra vez me hirió.

—

Entonces corrí á la fuente,
á ella le pedí placer;
su agua me dió trasparente,
bebíla, y veneno ardiente
sentí en mis venas correr.

Y del mundo
retirado
á tu lado
me volví;
Y de nuevo,
madre mia,
mi agonía
sacudí.

Hombre soy
en los años
desengaños
solo ví.
Tú curaste
mi honda herida,
y aun la vida
te debí.

IV.

Volaron las ruiseñas ilusiones
que fúlgidas mi vista deslumbraban:
los fantasmas de amor que me creaban
con ellas disipáronse á la par.
¡Todo mentira, sí! Nuestro destino
á nuestro inmenso afán velára el cielo
de oscura niebla con el denso velo,
que no es dado á los hombres penetrar.

Gloria y amor, oh madre, yo anhelaba
vida y placer mi corazon ardiente,
la corona de amor para mi frente,
los lauros de Virgilio para mí;
Y á rienda suelta sobre raudo potro
lancéme al mundo de gozar sediento...
quise vencer en mi carrera al viento,
quiso todo arrollar mi frenesí.

—

En raudo vuelo atropellando escollos,
vi que vencer al viento no podía,
del corcel los hijares oprimía.
en ellos los acicates hundí;
Y desbocado el alazan fogoso,
abrasando los aires con su aliento
un abismo encontró, salvólo el viento...
mi corcél se lanzó...con el caí!

—

Do quier hallé miseria y desengaños:
la brisa al deslizarse entre las flores
con blando aliento les murmura amores,
y á su alhago marchitas las miré.
Yo respiré tu aliento, madre mia,
y èl dió á mi corazon paz y contento,
no marchitó mi juventud tu aliento.....
raudál de vida para el alma fué.

—

Ví los campos que mayo engalanára,
hacer festivos de su pompa alarde,
y sus galas esplèndidas mas tarde.
llevarse en su furor el vendabal.
Vi á las fuentes su lánguido murmullo
perder del tiempo á la veloz carrera,
al arroyo que vida al valle diera
trocado en asqueroso cenagal.

—

¡Todo mentira, y pasajero todo!
candorosas juzgaba á las mujeres,
creadas para el bien y los placeres,
y en ellas desengaños encontrè.
Sus caricias hallé que eran finjidas,
ficciones su placer y su delirio,
y al mezquino interés para martirio
rendirse, madre mia, las miré.

Solo en tu amor jamas hallé mudanza,
él fué en mis amarguras mi consuelo,
siempre lo vi tan puro como el cielo,
en él todo es verdad..... no hay interés.
Ningun amor del mundo al tuyo iguala,
él es de dichas manantial riente....
mi noble corazon asi lo siente;
tú lo has formado, oh madre... tuyo es.

—

¡Yo como nunca se adoró te adoro...,..
tu imágen siempre vivirá conmigo;
si visto los harapos del mendigo
será el pan que otros dénme para ti!
Si propicia la suerte me sonrie
á su cumbre elevándome algun dia,
tuyas serán mis glorias, madre mia,
y apoyo siempre encontrarás en mi!

Juan N. Justiniano.

ORIENTAL.

I.

Brilla la luna serena
del cielo en el alta cumbre,
bañando con su alba lumbre
el alcázar oriental.
Y el aura henchida de aromas
entre las flores murmura,
al par que la fuente pura
trémula agita el cristal.
El arroyuelo tranquilo,
que apenas su espuma riza,
bullicioso se desliza
besando rosa y clavel;
Y al murmullo de las aguas,
de arroyos y surtidores,
se aduermen los ruiseñores
en las ramas del laurel.

Deliciosa está la noche,
el jardin fresco y florido,
no falta aroma ni ruido,
ni pintoresco color.
Los ojos ven luz y sombra,
siente el oido armonía,
el alma encuentra alegría,
y el corazon busca amor.
Estátuas mil de alabastro,
que parecen tener vida,
elevan su frente erguida
en el encantado Eden.
Aquí solas, allá juntas
en grupos encantadores,
entre guirnaldas de flores
enlazándose se ven.
Do quiera se halla cubierta

de un pabellon de verdura
una nevada figura
sobre un áureo pedestal;
Doquier de la blanca luna.
al melancólico rayo
se vé en lánguido desmayo
una forma angelical.
Y allá al lejos se levanta
ceñido en torno de flores,
con sus vidrios de colores
y sus luces el harem:
Rico palacio encantado,
que entre sombras desparece
cuando la luna ennegrece
con turbias nubes su sien.
Besando su pie sereno
con ondas de espuma y plata,
entre rosas se dilata
el manso Guadalquivlr.
Y en su límpida corriente
le regala blando arrullo,
que el viento en sordo murmullo
hace en los bosques oir.
Allá al lado de una fuente,
que tranquila se derrama,
se vé sentada una dama
y á sus plantas un galan.
Y alhagados de las brisas
que juegan brindando olores,
requiriéndose de amores
en esta plática están.
—Por tu amor, bella sultana,
por esa dulce sonrisa,
que entre dos cintas de grana,
vaga alegre cual la brisa
en la flor de la mañana;
Daria mi libertad,
mi mas anhelado bien,
daria una eternidad
de amor y felicidad
en la mansion del Eden.
Mírame á tus pies de hinojos,
estrella de bendicion,
y mírame sin enojos,
porque en la lus de tus ojos
se quema mi corazon.
Al oir, bella sultana,
mi trova de amor mañana,
deja el haren oriental,
que has de brillar mas ufana
en mi palacio ducal.
Mi esclavitud se acabó!
mas ¡ah! en mi delirio loco
sepa si me amas ó nó!
=Amarte, mi bien! es poco!
aun mas que amor siento yo!
Tú, esclava me llevarás
donde quieras, mas te imploro
que no me olvides jamas,
y entonces aprenderás
que con el alma te adoro!
Sonó un beso: la sultana
envuelta en un blanco velo,
hollando apenas el suelo
con su amante se alejó.
Y despues de entre los árboles,
como un fantasma, embozado
salió un moro, y recatado
á lo lejos los siguió.

II.

Es de noche; en una estancia
Magnífica y opulenta,
Donde cien lámparas brillan,
Y cuyas luces reflejan
El oro y el alabastro,
Los espejos de Venecia,
Que en las colgadas paredes
Brillan entre plata y seda,
Y los ricos artesones
Que mil colores ostentan:
Donde esquisitos aromas
Cien áureos vasos entregan
Al viento, que fresco y puro
En plumas y flores juega;
Donde el rayo de la luna
Melancólico penetra
Por un abierto balcon,
A cuyo pie manso llega

El claro Guadalquivir,
Que con sus ondas lo besa;
En esta lujosa estancia,
Donde todo es opulencia,
Se vé una mora sentada,
Que por su porte y belleza
Es la sultana sin duda,
Y el sultan quien la contempla
Tambien á sus pies sentado
En un cojin de oro y seda.
Hermosa está la sultana,
Seductora y hechicera,
Un prodijio es de hermosura,
Es una mujer perfecta
De esas que no ven los ojos
Y que el alma solo crea.
Mas que el cristal trasparente
Aun brilla su frente tersa,
Y de sus ojos la lumbre
Encanta, fascina y quema;
De sus mejillas tomaron
Su gala las azucenas,
Y su frescura y matiz
Las rosas pierden ante ellas.
Sus labios son dos rubies
Junto á dos hilos de perlas,
Y una madeja de oro
Es su flotante melena,
Que cubre la blanca espalda
Y sus encantos nos vela.
Ciñe su frente un turbante
De rojas y blancas telas,
Recamado de oro y plata
Y de finísimas piedras,
Y dél un flotante velo
Azul bordado de estrellas
Cae y pomposo la envuelve
Al par que su traje besa.
Mas á pesar de tal gracia
Y de tanta gentileza,
Se descubre por su rostro
Que no está, no, muy contenta,
Y el sultan que está á sus pies
Con ojos fijos la observa,
Mientras en su pipa de ambar
Planta aromosa se quema,
Y mesándose la barba,
Como el azabache negra,
Le dice aquestas palabras,
Que el viento en sus alas lleva,
Con un acento mezclado
De dulzura y de aspereza.
—«Hermosa del alma mia,
Deja reclinar mi frente
En ese seno turjente,
Manantial de mi alegria.
Con tu blanda mano toca
Mis sienes en dulce juego,
Sobre mis labios de fuego
Pon, niña hermosa, tu boca.
Habla de amor, á eso aspiro,
Yo te daré en mi embeleso
Por cada palabra un beso,
Por cada beso un suspiro.
Hoy mas que nunca hechicera.
Te encuentro, bella sultana,
Ojalá que asi mañana
El sol de mayo te viera.»
Asi amante le decia,
Cuando en el rio se oyó
De una barca que se acerca
El bullicioso rumor:
Se estremeció la sultana,
El sultan de hablar cesó,
Y las miradas sombrías
Se encontraron de los dos.
A poco al compás de un arpa
Entonando esta cancion
Se oyó una voz que en sus alas
El viento la repitió.
«Despierta, paloma mia,
mi alegria,
Reina de mi corazon,
Que ya te espera tu amante
anhelante
Debajo de tu balcon.
Mañana verás las galas
de tus alas

Al sol de la libertad,
Y tranquilos volaremos
á dó hallemos
Amor y felicidad.»
Aqui llegaba el amante
Con sus acentos de amor.
Cuando bramando de ira
El sultan se levantó,
Y desnudando el alfanje,
Con satánico furor
Se acercó á la bella mora,
Que ante él de hinojos cayó.
«Perdóname» dijo humilde
Traspasada de dolor,
Y èl con acento de trueno
Airado pronuncia «no.»
Y dividiéndole el cuello,
Con una risa feroz
La cabeza entre sus manos
Chorreando sangre ajitó,
Y con voz atronadora
Dijo asi desde el balcon.
—«Toma, maldito cristiano,
El fruto de tu pasion,
De los dos era querida
Partida está entre los dos!»
Y la preciosa cabeza
En la barquilla cayó.
Sonó en la torre un rujido,
En el rio una maldicion,
Y á poco tiempo despues,
Todo en silencio quedó.

J. Nuñez de Prado.

APUNTES HISTÓRICOS.

Entre los grandes acontecimientos que nos ofrece la história de nuestro pais, merece una particular atencion el sitio y toma de Algeciras por el rey D. Alfonso 11.º de Castilla.

Despues de la batalla del Salado ó de Tarifa, memorable en los fastos de España por la gloriosa victoria que alcanzaron las armas cristianas, y la gran derrota de los musulmanes, que segun el historiador *Enb Alcatib*, fué la mayor que estos sufrieron, deseoso el monarca castellano de continuar la guerra contra los moros, resolvió la conquista de Algeciras en el año 1342, con el objeto de quitar á estos los medios de comunicacion que les facilitaba la entrada en la península. Concurrieron á este sitio los mas poderosos señores de sus reinos, como tambien muchos otros personajes ilustres de la cristiandad. De Alemania acudió el conde de Bous, que murió en el asedio: de Inglaterra Enrique Plantajenett, duque de Lancastro, el conde de Salisburi y otros nobles. Tambien acudió don Gaston, conde de Fox, á la cabeza de muchas compañias de gascones, y por últi-



mo llegó á los reales del rey de Castilla, el de Navarra don Felipe, quien fué hospedado por aquel con el fausto debido á tan alta persona.

Diez meses hacía que el ejército español sufría con incomparable teson, no solo los continuos choques y asaltos por mar y tierra, sino tambien las incesantes lluvias que tenian sumerjidos los reales. Abul-Hacen rey de Fez enviaba socorros á los sitiados, y él mismo se disponia contra los sitiadores: Jusef Ben Ismael rey de Granada llegó con sus huestes hasta el rio Guadiaro, y los moros de Gibel-Tarik [monte de Tarik] ó en nombre viciado Gibraltar, no dejaban de hacer algunas escaramuzas. Cuatro reyes poderosos aprestaban sus huestes; unos para la defensa y otros para la conquista de Algeciras, plaza que se consideraba entonces como de mas importancia que al presente.

Padecía y toleraba don Alonso aquellos trabajos y la falta de víveres como el último de sns soldados: empeñó su corona de oro y otras alhajas; mandó labrar en Sevilla la plata de su servicio, y la que sus vasallos le regalaron; pero esto no bastó para los gastos del ejército. Los almacenes de pan se quemaron y se aumentó la carestia, no siendo suficíente para las necesidades del ejército los 50,000 florines que envió de regalo el rey de Francia, ni los 20,000 que prestó el papa. Entonces los concejos se juntaron é impusieron en todo el reino el derecho que hoy llamamos de alcabala, para sufragar los gastos de aquella guerra.

No se descuidaban los moros en atacar á los cristianos, y Abul-Hacen envió á su hijo Ali con un ejército compuesto de un crecido número de peones y 12,000 ginetes; pero don Alonso aunque con menos fuerzas se dispuso á recibirlos. A la sazon los genoveses al servicio de Castilla reclamaron cuatro meses de paga que se les debia, y el rey con magnánimo desprendimiento vendió para pagarlos la última plata de su mesa.

Activo en estremo el monarca castellano se embarcaba todas las noches en una galera para vigilar por si mismo la custodia del mar, y á despecho de la tenacidad de los infieles, que en la defensa de Aljeciras, agotando todos los recursos de su poder, dejaron oir por la vez primera en Europa la horrible y mortal detonacion de la pólvora, se entregó dicha plaza, tomando posesion de ella don Alonso, en sábado 17 de marzo de 1344, y dedicando su mezquita á Santa Maria de la Palma.

Famoso es este sitio, dice un historiador, por las alcabalas establecídas para continuarlo, por los estampidos de la pólvora que comenzaron á oirse en él, por los grandes personajes que asistieron, por el empeño en socorrerle de los dos mayores imperios de los moros, por la imponderable constancia del rey de

Castilla y sus vasallos, y por la duracion de el sitio que fué de 19 meses y 23 dias. ENRIQUE V. MORENO.

A LA MUERTE DE LÍCIDA.

Porqué baña tu faz acerbo llanto?
porqué apartas de mì tus dulces ojos,
cuando ellos son de mi ecsistencia encanto,
y el alma y corazon son sus despojos?

Que te aqueja, mi bien? porqué el semblante
su carmin disipado palidece?
porquè á la fuerza del dolor punzante.
tu cuerpo convulsivo se estremece?

Tú vivieras mujer cual tierna rosa
que abrió su cáliz matinal rocio,
mas perdistes tu esencia deliciosa
y tus colores marchitó el estio.

Y ya espiran tus horas, infelice,
henchidas de amargura y de dolor,
y ese llanto que viertes ¡ay! me dice
de tu pecho el tormento destructor.

Ay! que tus labios temblorosos, yertos,
ni un triste último á Dios ya darme pueden,
y ya infeliz, tus ojos entreabiertos
su luz apagan y á la muerte ceden.

¡Porquè el destino con su fiero brazo
la adusta eternidad entre ambos lanza,
cortando de mi amor el dulce lazo,
al corazon robando su esperanza?

Ya vuelan mis ensueños de ventura,
humo que lleva el viento á deshacer...
¿qué es la vida, muger, sin tu hermosura?
¿sin ti dó está el alcazar del placer?

Truécanse; ¡ay! en pompa funeraria
tu gala y tus hechizos por mi mal,
los cantos amorosos en plegaria
en sepulcro tu tálamo nupcial!

****

Asi un jóven clamára acongojado
al ver al angel de su amor morir,
de su única esperanza al sol nublado,
abismado en martirio su ecsistir.

Manuel de Sousa.

A MI LUISA.

SONETO.

Alcance el uno en la feroz porfía
Nombre inmortal que su valor decora;
Corra tras las riquezas en buen hora
Aquel que en ellas su fortuna fia;

En alas de robusta fantasía,
Y á la luz de la ciencia bienhechora,
Los que la gloria aplausos atesora
Busque tambien el que su lauro ansía.

Que yo, libre en mi hogar de pesadumbres
Y arrullado de amor al blando tono,
Cifro en vivir oscuro mi embeleso;

Duermen en el sosiego mis costumbres
Y solo, angel bellísimo, ambiciono
Ay! de tu dulce boca un dulce beso.

ENRIQUE V. MORENO

CRÍTICA LITERARIA.

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO.

TENEMOS á la vista las entregas publicadas hasta ahora de esta inimitable novela, original de nuestro digno consocio el célebre

literato D. Wenceslao Aiguals de Izco; y no podemos menos de recomendar su lectura á todas las clases de la sociedad, porque á todas convienen las doctrinas que aquella encierra. Noble en su objeto, grande en su pensamiento, ha sabido su autor mezclar con sublime injenio las bellezas de la fábula con el esacto razonamiento de la historia, y sembrando de principios altamente filantròpicos sus elocuentes páginas, ha formado una obra, que hará época en los fastos de la literatura española. Para decirlo de una vez, LA MARIA se halla encargada de llevar el nombre de su autor á la posteridad.

ER JAQUE.

Dios no me tose en Seviya,
chachipé!
que soy la fiebre amariya.
mas malo que Lusifé.
Si me planto y guiño el ojo,
puñalá!
no hay jaque con mas arrojo
en toita la sudiá.
Ven gachona,
me pirro por tu presona,
aqui está.
Er que quiea najarse ar Sielo
que se yegue por acá.

Escuchostè, don Futraque,
on Crispin.
Sonsoniche! ó de un atraque
lo embarco á osté pa Pekin.
Porque esa mosa tan crua
está osté!
naide armité en su falúa
mas que á mi cara é pasté.
Sanduguera!
un chumendo, retrechera!
ajá-ajá!
Si arguien quiée subi á la Luna
que se yegue por acá.

J. V. i S.

TEATROS.

REVISTA DE LA QUINCENA.

PRINCIPAL.—Pocas, ó ningunas son las novedades que se han hecho lugar en la presente quincena, á no ser que por tal se tenga la de haberse puesto en escena la comedia el Tio Marcelo, traducida del francès y ejecutada distintas veces, manifestándose en los anuncios, que no podian ofrecerse dramas orijinales por la absoluta carencia que de ellos habia. Semejante inesactitud merece ser rechazada con todas nuestras fuerzas. En esta capital hay literatos que poseen mas de una produccion dramática original, y á los cuales no hace proposiciones la empresa del teatro por no querer pagarlas. Hay mas: la galería dramática de Madrid posee una numerosa coleccion de obras originales, y sin embargo de esto no se presentan á este público mas que traducciones, algunas de ellas malas, inverosímiles, absurdas é inmorales. Estrañamos altamente que la Sra. Valero, única dama que hay en esta compañía, se haya retraido absolutamente de la escena de la noche: esto es una falta de atencion para con un público que siempre ha sido pródigo en sus aplausos.

Hemos tenido ocasion de ver á el jóven patriota y desgraciado capitan de infanteria D. Francisco Saenz, ejecutar *Pablo el marino*, el cual fué desempeñado bastante regular.

En la primera quincena de marzo podremos decir algo de los actores que componen la nueva compañía, y de los cuales no tenemos muy favorables noticias, segun los periódicos que en nuestro poder existen, publicados en las capitales donde aquellos anteriormente trabajáran.

Enrique V. Moreno.

SEVILLA 1846.—Imprenta de Morales y Gomez.—Calle de la Venera núm. 12.